

que aguardaban la orden de Cadoudal para cuidarse de lo que se preparaba. A la primera ojeada que dirigió Roland á los republicanos, comprendió que estaban perdidos. Iba siguiendo Cadoudal en la fisonomía del jóven los diversos sentimientos que agitaban su ánimo.

—Qué os parece, preguntóle el chuan, despues de un momento de silencio, han sido bien tomadas mis medidas, coronel?—Mejor diriais vuestras precauciones, general, contestó Roland con amarga sonrisa.—No acostumbra el primer cónsul, repuso Cadoudal, aprovecharse de las ventajas cuando se le presentan?

Mordióse Roland los labios y en lugar de contestar al jefe realista:

—General, le dijo, tengo que pedir os un favor, que espero no me negareis.—Cuál?—El que me permitais ir á morir con mis compañeros.

Levantóse Cadoudal.

—Aguardaba esta petición, le dijo.—Entonces me lo concedéis? añadió Roland, cuyos ojos brillaban de alegría.—Sí, pero antes he de pedir os á mi vez un favor, contestó el jefe realista con suprema dignidad.—Hablad.—Quereis ser mi parlamentario y avistar os con el general Harty?—Con qué objeto?—Tengo que hacerle alguna proposición antes de empezar el ataque.—Supongo que entre las proposiciones, con cuya trasmision quereis honrarme, no habrá la de rendirse?—Al contrario, coronel, esta ha de ser la primera.—

Será rechazada por el general Harty.—Así lo creo.—Entonces?—En tal caso, podrá elegir entre otras dos que le hareis, sin mengua de su honor.—Veámoslas.—Os las comunicaré en tiempo oportuno: por de pronto, trasladadle la primera.—A ver: formuladla.—Es esta: El general Harty y sus cien hombres se hallan envueltos por fuerzas triplicadas; les ofrezco la vida, con tal de que depongan las armas y juren no hostilizar en cinco años á los que luchamos en la Vendee.

Movió Roland la cabeza en señal de desconfianza.

—No obstante, creo que esto es preferible á perder inútilmente sus soldados.—Tal vez; pero él preferirá sin duda perderlos.—Mas sea como fuere, no considerais que siempre será prudente proponérselo? dijo riendo Cadoudal.—No tengo inconveniente, contestó Roland.—Pues bien, coronel, tened la bondad de montar á caballo, daros á conocer al general, y comunicarle mis proposiciones.—Enhorabuena, dijo Roland.

—El caballo del coronel, gritó Cadoudal, haciendo seña al chuan que lo tenia por la brida.

Presentado el caballo á Roland, montóle de un salto, atravesando rápidamente el espacio que separaba los dos campos. En uno de los flancos del del general Harty veíase un grupo, en el cual creyó estaria el jefe con sus oficiales. Dirigióse Roland á dicho grupo, distante apenas de los chuanes tres tiros de fusil.

Grande fué la admiracion del general Harty al ver adelantarse un oficial con el uniforme de coronel republicano. Se-

paróse del grupo para recibir al mensajero. Dióse á reconocer Roland, y despues de referir la comision que desempeñaba entre los chuanes, trasmitió al general Harty la proposicion de Cadoudal.

Fué esta rechazada, segun lo habia ya presumido el jóven. Volvió Roland hácia Cadoudal con alegre y orgullosa mirada.

—No admite, gritó de léjos, luego que su voz pudo ser oida.

Hizo Cadoudal una seña con la cabeza, manifestando que ninguna extrañeza le causaba semejante negativa.

—Bueno, dijo, comunicadle pues mi segunda proposicion; nada quiero tener que reprocharme, debiendo contestar á un juez de honor como vos.

Inclinóse Roland, agradeciendo el cumplido.

—Veamos la segunda proposicion, dijo.—Es esta: El general Harty vendrá á encontrarme en el punto intermedio entre ambos campamentos, con armas iguales á las que yo llevo, es decir, sable y dos pistolas, decidiéndose entre los dos la contienda; si logro vencerle, sus hombres serán mis prisioneros bajo las condiciones antes propuestas; si soy vencido, podrá retirarse libremente á Vannes sin ser molestado. Ah! se me figura, coronel, que vos en su lugar aceptarais este reto personal.—Con mil amores, contestó Roland, y si quereis yo lo acepto por él.—Oh! repuso Cadoudal, vos no sois el general Harty, y por el momento tendreis que contentaros con ser su parlamentario; más si esta proposicion, que yo en su

lugar aceptaria, no le acomoda; qué diantre! soy muy condescendiente! Volved y pensaremos otra.

Alejóse por segunda vez Roland, que era esperado por los republicanos con visible impaciencia. Enteró al general Harty de lo que nuevamente se le proponia.

—Ciudadano, contestó el general, he de dar cuenta de mi conducta al primer cónsul, vos sois su ayudante de campo y el mas á propósito por consiguiente para enterarle de todo, cuando regreseis á París. Qué hariais en mi lugar? lo que vos hariais, haré yo.

Estremecióse Roland, tomando su fisonomía la grave expresion del hombre que discute consigo mismo una cuestion de honor. Despues de algunos instantes:

—General, contestó, yo no admitiria.—Por qué razon, ciudadano? preguntó el general.—Porque el éxito de un duelo es siempre aventurado; porque no teneis facultades para prejuzgar de una manera incierta la suerte de cien valientes; y finalmente porque en esta clase de asuntos, en los que cada cual trabaja por su cuenta, incumbe tambien á cada uno defender su pellejo lo mejor que sepa y pueda.—Lo creeis así, coronel?—Palabra de honor!—Así lo creo yo tambien; podeis contestarlo al jefe realista.

Regresó Roland al campamento de Cadoudal, enterándole de la contestacion dada por el general Harty.

Cadoudal se sonrió.

—Veamos vuestra tercera proposicion, dijo Roland con

impaciencia.—Mi tercera proposición, contestó Cadoudal, es la orden de que se retiren doscientos de los míos. El general Harty tiene á sus órdenes cien hombres; pues bien, me quedo yo con igual número: mis antepasados los Bretones han acostumbrado en todos tiempos luchar cuerpo á cuerpo uno contra tres, jamás empero tres contra uno; si el general Harty es vencedor, pasará sobre nuestros cadáveres regresando tranquilamente á Vannes; si es vencido, no podrá decir que lo haya sido por el número; id, Mr. de Montrevel, id á reuniros con vuestros amigos; quiero darles hasta esta ventaja: vos solo valeis por diez.

Quitóse Roland el sombrero.

—Qué estais haciendo, coronel? preguntó Cadoudal.—Acostumbro saludar todo lo que me parece grande; por esto os saludo á vos, caballero.—Vamos, coronel, dijo Cadoudal, echemos el último brindis, que dedicará cada uno á lo que mas ama, á lo que mas siente dejar en la tierra, á lo que mas desea volver á ver en el cielo.

Tomando luego la botella y el único vaso de que se habian servido, lo llenó, presentándolo á Roland.

—No tenemos mas que un vaso, M. de Montrevel, bebed pues el primero.—Y por qué no el segundo?—En primer lugar, porque sois mi huésped; y luego, porque segun una antigua creencia, el que bebe despues de otro penetra sus pensamientos. Tengo curiosidad de saber los vuestros, Mr. de Montrevel, añadió riendo.

Vació Roland el vaso y lo entregó á Cadoudal. Volvió este á llenarlo y lo desocupó igualmente.

—Y bien! preguntó Roland, sabeis ahora mis pensamientos, general?—No, contestó este; la creencia es falsa.—Pues yo os los diré, repuso Roland con su habitual franqueza; mis pensamientos son que sois un valiente, general, y que me consideraria muy honrado, si al ir á ponernos frente á frente, queriais darme la mano.

Estrecháronse los dos jóvenes, mas como amigos que se separan para una larga ausencia, que como enemigos que van á encontrarse en el campo de batalla.

Habia en este acto una grandeza sencilla y llena de majestad, imposible de describir. Despidiéronse quitándose ambos el sombrero.

—Os deseo buena suerte! dijo Roland á Cadoudal, por mas que dude que la tengais; seguramente os parecerá mi deseo expresado tan solo con los labios, pero no con el corazón.—Dios os guarde! contestó Cadoudal á Roland, y confio que mi deseo se cumplirá, porque es la sincera y completa expresión de mi pensamiento.—Cuál será la señal que nos dé á conocer que estais dispuesto? preguntó Roland.—Un tiro al aire, que podreis repetir cuando gusteis.—Está bien, general, contestó Roland.

Y poniendo al galope el caballo, atravesó por tercera vez el espacio que separaba al jefe realista del general republicano. Señalando entonces con la mano á Roland, mientras se iba alejando, dijo Cadoudal á los suyos:

—Camaradas, veis este jóven?

Dirigiéronse todas las miradas á Roland, inclinándose luego las cabezas de todos, haciendo una señal afirmativa y murmurando á una voz la palabra: Sí.

—Pues bien! nos ha sido recomendado por nuestros hermanos del Mediodía; su vida es para nosotros sagrada; podrá hacérsele prisionero, pero sin tocar ni un solo pelo de su cabeza. — Bien está, general, contestaron los chuanes todos. — Ahora, amigos míos, recordad que sois los hijos de aquellos treinta Bretones que alcanzaron tan memorable victoria contra los ingleses, entre Ploermel y Josselin, á diez leguas de aquí.

Luego con un suspiro añadió á media voz:

—Por desgracia, no son ingleses los enemigos con quienes tenemos hoy que medir nuestras armas.

Habíase de improviso disipado la niebla, y como sucede siempre en tales casos, los rayos de un sol de invierno extendían una luz amarillenta por la llanura de Plescop. Distinguíanse por lo mismo perfectamente todos los movimientos de ambos ejércitos.

Al mismo tiempo que se dirigía Roland al campo republicano, salía al galope Rama de Oro hácia el sitio donde se hallaban apostados los doscientos hombres destinados á cortar la retirada al general Harty. Apenas hubo hablado Rama de Oro con los cuatro subalternos de Cadoudal, observóse que la mitad de la fuerza se separaba dando media vuelta á la de-

recha, mientras la otra mitad, por medio del mismo movimiento en sentido inverso, se retiraba por la izquierda.

Desaparecieron las dos partidas, tomando la una la dirección de Plumeret y la de Saint-Ave la otra, dejando el camino enteramente libre. A media legua de distancia hicieron alto las dos, descansando tranquilamente sobre las armas. Regresando Rama de Oro al lado de Cadoudal:

—Teneis, le dijo, que comunicarme alguna orden particular, general?—Una sola, contestó Cadoudal; toma ocho hombres y sígueme; cuando veas caer del caballo el jóven republicano con quien he almorzado, te le echarás encima haciéndole prisionero antes que tenga tiempo de levantarse, pues si llega á conseguirlo, lo vais á pasar mal tú y tus ocho hombres.—Bien está, general.—No olvidéis que quiero encontrarle sano y salvo.—Así lo encontrareis, general.—Elige tus ocho hombres; despues de tener prisionero y empeñada su palabra á M. de Montrevel, podreis obrar segun os parezca.—Y si no quisiese dar su palabra?—Lo vigilareis de modo que no pueda escaparse, sin separaros de él hasta el fin del combate.—Enhorabuena! contestó Rama de Oro, exhalando un suspiro; sin embargo, no deja de ser bien triste estarse cruzado de brazos, mientras los demás se baten.—Bah! quién sabe? dijo Cadoudal, á nadie faltará que hacer probablemente.

Extendiendo luego su mirada por la llanura, viendo á los suyos dispuestos ya, y á los republicanos formados en batalla:

—Un fusil! dijo:

Habiéndole dado el suyo el chuan que estaba mas inmediato, tomólo Cadoudal disparándolo al aire.

Casi al mismo instante salió de las filas republicanas otro tiro, que parecia el eco del que acababa de disparar Cadoudal. Oyéronse en seguida dos cajas y una corneta, tocando ataque.

Levantándose Cadoudal sobre los estribos:

—Hijos míos! gritó, habeis rezado todos la oracion de la mañana?—Sí! sí! contestaron una infinidad de voces.—Si hay alguno que, por olvido ú ocupacion, no la haya rezado, que lo haga ahora.

Cayeron de rodillas cinco ó seis chuanes, empezando su plegaria. Entretanto iban avanzando las cajas y la corneta.

—General! general! exclamaron muchas voces; ved como avanzan.

Señaló el general con un gesto á los chuanes arrodillados.

—Es muy justo! dijeron los impacientes.

Fueron levantándose uno tras otro los que habian rezado, segun era mas ó menos corta su plegaria. Cuando se puso en pié el último, habian ya los republicanos andado como una tercera parte de la distancia. Marchaban en tres distintas partidas con la bayoneta calada, á tres de fondo. Iba Roland al frente de la primera, y entre esta y la segunda el general Harty. Era muy fácil conocerles, por ser los únicos que iban montados. Entre los chuanes no habia otro ca-

ballo que el de Cadoudal. Rama de Oro habia escogido sus ocho hombres para seguir á Jorge.

—General, dijo una voz, está concluida la plegaria y todos estamos dispuestos.

Volvióse Cadoudal para cerciorarse de lo que se le decia. Luego con voz imperativa:

—Vamos! gritó, adelante, mis bravos!

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, que equivalian entre los chuanes y vendeanos á la órden de atacar, avanzaron por la llanura á los gritos de: ¡Viva el rey! agitando con una mano los sombreros y empuñando con la otra el fusil. En lugar de permanecer compactos, como los republicanos, disemináronse, formando una especie de semicírculo, en cuyo centro estaba Cadoudal.

En un instante se hallaron á tiro los republicanos, empezando entonces un nutrido fuego. Casi todos los de Cadoudal eran cazadores, esto es, excelentes tiradores, é iban armados con carabinas inglesas, de doble alcance que los fusiles de municion.

Aunque á los primeros disparos parecia difícil, atendida la larga distancia que separaba á los combatientes, tomar la puntería, no por esto dejaron de penetrar algunas balas entre las filas republicanas, causando la muerte á tres ó cuatro hombres.

—Adelante! gritó el general.

A esta voz, siguieron avanzando los soldados, calada la

bayoneta ; pero muy luego observaron que nadie les disputaba el paso. Los cien hombres de Cadoudal, separados á largo trecho unos de otros, se habian ido corriendo por los dos flancos. Mandando entonces el general dar frente á derecha é izquierda, volvió á repetir la órden de :

—Fuego!

Oyéronse dos descargas con el ajuste y regularidad de una tropa veterana : no tuvieron empero resultado alguno, puesto que los republicanos disparaban contra hombres aislados.

Haciendo por el contrario fuego los chuanes sobre una masa compacta, raro era el tiro que no ocasionaba alguna baja á sus enemigos. Comprendió fácilmente Roland la desventaja con que luchaban los republicanos, y deseoso de agrupar los dispersos soldados de Cadoudal, á quien distinguió entre el humo, inmóvil como una estátua ecuestre, arrojó un grito, corriendo directamente hácia él. Por su parte Cadoudal, queriendo ahorrarle la mitad del camino, puso al galope su caballo, saliéndole al encuentro. Deteniéndose no obstante á cien pasos de Roland :

—Alerta! dijo á Rama de Oro y á los ocho que llevaba este á sus órdenes.—Perded cuidado, general, estamos sobre aviso, contestó Rama de Oro.

Cogió Cadoudal una pistola y la amortilló. Inclinado Roland sobre el cuello del caballo, seguia adelantando á todo escape, sable en mano.

A veinte pasos de él levantó Cadoudal lentamente la mano apuntando su pistola. Disparóla al hallarse Roland á diez pasos. El caballo que este montaba tenia en medio de la frente una estrella blanca, en cuyo centro vino á clavarse la bala de Cadoudal.

Herido mortalmente el pobre animal, cayó con su jinete á los piés del jefe realista, quien salvando de un salto caballo y caballero, siguió adelantando hácia los republicanos.

Con la prontitud del rayo arrojáronse sobre Roland Rama de Oro y los suyos, antes de que pudiese desenredarse de su montura.

Tiró léjos de sí Roland el sable, queriendo tomar las pistolas ; pero antes de que llegase á tocarlas, habíanle sujetado dos chuanes por ambos brazos, mientras los otros cuatro le levantaban, apartando el caballo que yacia tendido sobre una de sus piernas.

Hízose todo con tanto cuidado y buen órden, que era fácil conocer estaba previsto de antemano. Mientras Roland rugia como un leon herido, acercósele Rama de Oro, y con el sombrero en la mano parecia querer con él disculparse.

—No me rindo, gritó Roland.—Es inútil que os rindais, M. de Montrevel, contestó Rama de Oro con el mayor respeto.—Por qué? preguntó Roland agotando sus fuerzas en una lucha tan desesperada como inútil.—Porque no nos podeis escapar, caballero.

Era esto tan completamente exacto que no habia contestacion posible.

— Pues entonces matadme , exclamó Roland.—No queremos vuestra muerte , caballero , repuso Rama de Oro.— Qué quereis pues?—Únicamente vuestra palabra de que no volvereis á tomar parte en el combate ; con ella os dejamos enteramente libre.—De ningun modo ! dijo Roland.—Perdonad , M. de Montrevel , repuso Rama de Oro , vuestra conducta no es leal.—Cómo ! gritó Roland en el colmo de la desesperacion ; por qué no es leal ? me insultas , miserable , porque ves que no puedo defenderme y castigarte como mereces.—No soy un miserable , ni he pretendido insultaros , M. de Montrevel ; lo único que me he propuesto deciros es que negándoos á dar vuestra palabra , privais al general de nueve hombres que le serian muy útiles , y no pueden ahora separarse de vuestro lado ; este proceder es muy distinto del que , hace poco , ha observado Cadoudal en vuestra presencia ; tenia doscientos hombres mas que vosotros , y les ha mandado retirar ; de manera que así han quedado reducidas sus fuerzas á noventa y un hombres contra ciento.

Encendióse por un momento el rostro de Roland , quedando luego pálido como un difunto.

—Tienes razon , Rama de Oro , contestó , me rindo ; puedes ir á auxiliar á tus compañeros.

Arrojaron los chuanes un grito de alegría , y dejando

libre á Roland , corrieron á reunirse con sus camaradas , agitando los sombreros y gritando : Viva el rey !

Roland , sin la menor custodia , y desarmado materialmente por su caida y moralmente por su palabra , fué á sentarse en una pequeña eminencia en la que estaba aun tendida la manta que les habia servido de mantel para el almuerzo. Desde allí dominaba con la vista todo el lugar del combate , sin perder el menor movimiento. Cadoudal , firme sobre su caballo en medio del fuego y de la humareda , parecia el demonio de la guerra , invulnerable y terrible como él. Véanse tendidos por el suelo los cadáveres de una docena de chuanes ; pero era evidente que los republicanos , formados aun en masa , habian experimentado ya doble pérdida. Abandonados los heridos acá y acullá , hacian esfuerzos sobre humanos para acercarse , arrastrándose como culebras para renovar la lucha , los republicanos con sus bayonetas , los chuanes con sus navajas. Los que se encontraban demasiado distantes para servirse del arma blanca contra los heridos como ellos , cargaban de nuevo los fusiles , é incorporándose sobre una rodilla , hacian fuego , volviendo á caer con mayor abatimiento.

Por ambos lados era empeñado el combate , incesante , encarnizado ; bien se conocia que la guerra civil , esto es , la guerra sin cuartel ni misericordia iluminaba con su tea aquel campo de batalla. Entre los primeros distingúfase siempre á Cadoudal montado en su caballo , haciendo fuego á veinte

pasos, ora con sus pistolas, ora con un fusil de dos tiros, que arrojaba despues de haber descargado, para volverlo á tomar luego nuevamente cargado.

Al disponerse por vez tercera á coger el fusil, sufrió una descarga mandada por el general Harty contra él solo. Desapareció por un instante entre las llamas y el humo, viéndole Roland en el suelo con su caballo, como si hubiesen sido ambos acribillados. Lanzáronse fuera de las filas diez ó doce republicanos, haciendo por su parte otro tanto igual número de chuanes. Terrible fué el choque, seguido de una espantosa lucha cuerpo á cuerpo, considerablemente ventajosa á los chuanes, por esgrimir un arma mas á propósito.

Levantóse de pronto Cadoudal con una pistola en cada mano; segura era la muerte de dos hombres: dos en efecto cayeron sin vida. Aprovechando luego el claro que habia dejado en las filas contrarias la salida de aquellos diez ó doce hombres, penetró por él con treinta. Tomó de uno de los suyos un fusil de municion, del que se servia como de una maza, derribando un hombre á cada golpe. Atravesó por entre los enemigos, saliendo á su retaguardia. Retrocediendo en seguida, como un jabalí que al sentirse herido se decide á atacar al cazador, de quien antes huia, penetró otra vez por entre los grupos republicanos, poniéndoles en la mas completa dispersion. Desde entonces todo hubo terminado.

El general Harty con diez hombres, únicos que pudo

reunir, forzó la línea de los chuanes á la bayoneta, marchando al frente despues de haber perdido su caballo. Pudo por fin abrirse paso á costa de la vida de sus diez soldados. El general se encontró solo á la otra parte de la línea. Querian los chuanes perseguirle, mas Cadoudal con voz de trueno:

— No debia haber pasado, gritó; pero ya que lo ha hecho, que se retire libremente.

Obedecieron los chuanes con el respeto que les merecian siempre las palabras de su jefe.

— Alto el fuego! gritó entonces Cadoudal; que se salve la vida á los heridos, serán nuestros prisioneros.

Fueron reuniéndose los chuanes al rededor de un monton de cadáveres, en el que se veian algunos republicanos con vida, mas ó menos gravemente heridos.

Tal vez no se habia dado, antes de entonces, cuartel durante aquella espantosa guerra, pues acostumbraban á sacrificarse inhumanamente los prisioneros, de un lado porque no se consideraba á los chuanes y vendeanos sino como bandidos, y del otro porque no tenian donde guardarles.

Arrojaron léjos de sí los republicanos los fusiles, para evitarse la humillacion de entregarlos. Tenian todos abierta la cartuchera, habiendo quemado hasta el último cartucho. Al verlos exclamó Cadoudal:

— El Titan habia encontrado otro Titan; ha luchado Encélado con Briareo.

Mandó el jefe realista á Rama de Oro que se hiciese vendar con un pañuelo el brazo por uno de sus camaradas, pues se lo habia atravesado una bala. Hecho así, tomó Rama de Oro cuatro hombres, dirigiéndose con ellos á los bagajes. Cadoudal encaminóse al sitio donde se hallaba Roland.

Durante la lucha, sentado el jóven y fija la vista en los combatientes habia, estado esperando el éxito, inundada de sudor la frente y alterada visiblemente su respiracion. Mas al ver que les era contraria la fortuna, dejó caer la cabeza entre sus manos, permaneciendo inmóvil, fijos los ojos en el suelo.

Llegó Cadoudal sin que él se apercibiese del ruido de sus pasos, y solo al sentir sobre su hombro la mano del general realista, le vantó el jóven la cabeza, sin cuidarse de ocultar dos gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Disponed de mí, general, dijo Roland, soy vuestro prisionero.—No se hace prisionero á un embajador del primer cónsul, contestó Cadoudal riendo, sino que se le suplica me haga un favor.—Mandad, general!—Me falta hospital para los heridos y depósito para los prisioneros; encargaos por lo tanto de conducir unos y otros á Vannes.—Cómo, general! exclamó Roland.—A vos es á quien los cedo, ó mejor á quien los confio; siento haya muerto vuestro caballo y sucedido al mio igual desgracia; hay con todo el de Rama de Oro, aceptadlo.

Hizo el jóven un movimiento, que demostraba cierta repugnancia.

—A lo menos, hasta que hayais podido procuraros otro, añadió Cadoudal inclinándose.

Comprendió Roland la necesidad de colocarse á la altura de aquel con quien trataba.

—Os volveré á ver, general? preguntó levantándose.—Mucho lo dudo, caballero; las operaciones de la guerra me llaman hácia el lado de Puerto-Luis, y vuestro deber os obliga á regresar al Luxemburgo.—Qué diré al primer cónsul, general?—Lo que habeis visto, caballero; él podrá juzgar entre la diplomacia del abate Bernier y la de Jorge Cadoudal.—Despues de lo que he presenciado, no creo tengais jamás necesidad de mí, repuso Roland; pero en todo caso, acordaos de que teneis siempre un amigo al lado del primer cónsul.

Y tendió por segunda vez la mano á Cadoudal, quien la tomó con la misma franqueza y abandono que lo habia hecho antes.

—Adios! M. de Montrevel, le dijo; creo comprendereis que no hay necesidad de justificar al general Harty: una derrota comó esta es tan gloriosa como una victoria.

Presentado al coronel republicano el caballo de Rama de Oro, apresuróse á montar para alejarse de aquel sitio.

—A propósito, le dijo Cadoudal, al pasar por Roche-Bernard, informaos qué ha sido del ciudadano Tomás Milliere.—Es muerto, contestó una voz.

Corazon de Rey y sus cuatro hombres, cubiertos de polvo

y de sudor, acababan de llegar, aunque demasiado tarde para tomar parte en la refriega.

Echó Roland su postrera mirada sobre el campo de batalla, y dando con un suspiro el último adiós á Cadoudal, partió al galope hácia la carretera de Vannes, para reunirse con los heridos y prisioneros que tenia encargo de restituir al general Harty. Cadoudal habia mandado distribuir un escudo de seis libras por plaza, no pudiendo dejar de entristecerse Roland al ver que el dinero del Directorio, remitido por Morgan y sus compañeros, permitia al jefe realista mostrarse tan espléndidamente generoso.

IX.

Proposiciones de casamiento.

Al llegar á París, dirigióse sin tardanza Roland á la habitacion del primer cónsul, á quien comunicó la doble noticia de la pacificacion de la Vendee, pero de la insurreccion, mas ardiente que nunca, de la Bretaña.

Conocia Bonaparte perfectamente á Roland: la triple relacion del asesinato de Tomás Milliere, del fallo proferido contra el obispo Andrein y del combate de Grandchamp, causóle por lo tanto profunda impresion. Habia además en la narracion del jóven una especie de sombría desesperacion, sobre la cual era imposible equivocarse.

Estaba desesperado Roland por haber perdido tambien aquella nueva ocasion de hacerse matar. Al ver que escapaba sano y salvo de los peligros que costaban á otros la vida, parecíale que velaba sobre él un desconocido y misterioso poder; donde habia encontrado sir John doce jueces y una sentencia de muerte, halló él tan solo un fantasma, si bien invulnerable, de todo punto inofensivo.

Remordíale amargamente no haber provocado un lance personal con Jorge Cadoudal, en vez de tomar parte en la general refriega, de éxito mucho mas inseguro.

Contemplábale con inquietud el primer cónsul mientras estuvo hablando; persuadiéndose de que abrigaba con mayor vehemencia su corazon el deseo de perder la vida, que confiaba se desvaneceria con los recuerdos de su país natal y las caricias y afectuosas relaciones de familia. Esforzóse sobre manera para disculpar, y hasta elogiar al general Harty; pero justo é imparcial á fuer de buen soldado, ensalzó como era merecido el valor y generosidad del jefe realista.

Escuchábale Bonaparte con atencion, casi con tristeza: tanto como le halagaba la guerra extranjera, con todos sus atractivos de gloria, le repugnaba la lucha intestina en la que derramaba el país su sangre, despedazando sus propias entrañas. No por otra razon habia creído que las negociaciones debian poner termino á la guerra.

Mas, cómo negociar con un hombre del temple y circunstancias de Cadoudal? Tenia Bonaparte exacta conciencia de lo